

do de vegetación, se percibía ese olor generoso y amargo de las plantas, que llena el pecho de alegría; y el cielo, visto á través de las hojas mustias y desgarradas del plátano que en un rincón agonizaba, parecía más amplio y profundo que desde la calle, encerrado en la banal y angustiosa perspectiva de las grises fachadas.

Una tarde, la maestra daba lección al mancebillo en la antesala de la casa, pieza cuadrada y reducida, ornada con todas esas vistosas fealdades hechas á máquina, que pretenden ser copia exacta de las bellezas artísticas conservadas en los museos.

Ni faltaban allí las espesas alfombras, ni los pretendidos Gobelinos, ni las *etageres* atestadas de muñecos de *biscuit*, ni las costosas lámparas de latón, ni los pesados y solemnes cortinajes: todo ello oliente á cosa nueva é improvisada.

El piano, en un rincón, aparecía negro y enorme como un monstruo encadenado mostrando su blanca dentadura de marfil, por la que la maestra dejaba vagar sus manos al acaso, produciendo vagos sonidos semejantes á sollozos.

El chico, recostado en un sofá, seguía sin interés los ademanes de Elena. Tenía jaqueca. La huelga del día anterior le tenía quebrantado y á disgusto y le había hecho manifestarse huraño y grosero con la maestra.

Ella, con el espíritu lastimado, no había querido exigirle que diera lección y esperaba que transcurriera la hora, haciendo variaciones en el piano.

Caía la tarde, una desfallecida luz color de rosa iluminaba suave y fantásticamente el jardín y llenaba de cárdenas sombras los rincones del aposento, poniendo aquí y allí, en el barniz del piano, en los cristales de una vitrina, en el oro de una moldura, flámulas tenues de roja luz.



¿Qué tienes? . . .

En el alma angustiada de Elena iba poco á poco penetrando un dolor sincero y cruel que á la vez punzaba y sofocaba su corazón.

De pronto cesó de tocar, y lentamente, con una frágil gracia de espectro, se puso en pie, de espaldas á la abierta ventana.

Fué hacia el mancebo é inclinándose